

La realidad trastocada

El atajo

MERY YOLANDA SÁNCHEZ
Editorial Universidad Javeriana,
Bogotá, 2014, 80 págs.

EL ATAJO, de Mery Yolanda Sánchez, es, ante todo, una novela de viajes. Pero no el viaje iniciático de quien se forma –se educa, se instruye, se encuentra– al recorrer el camino, ni tampoco el viaje del que descubre tierras remotas y llenas de misterio, sino el viaje de quien desciende a los infiernos y se ve enredado en la realidad trastocada de la violencia. La novela narra la historia de una promotora de lectura que debe recorrer varios pueblos del suroccidente colombiano con el propósito de organizar grupos de lectura. En su viaje, recurre al apoyo de los alcaldes, los bibliotecarios, maestros, secretarios, siempre en un enredo institucional en el que no se sabe bien quién es quién. Porque ese es uno de los principales ejes alrededor de los cuales gira la narración: la guerra que todo lo trastorna. El orden de las instituciones, en el cual se presupone que la oficialidad está del lado de la narradora y su objetivo cultural, no es el que debería ser. Hay que cuidarse de los representantes de la ley, de los hombres armados que pueden pertenecer a todos los bandos en disputa, de los lancheros que prestan su servicio, de los maestros, del sacerdote, de las mujeres y de los hombres de todos los pueblos. Una palabra mal dicha, o un gesto fuera de lugar, pueden ser fatales. En esta novela, todos formamos parte de una misma barbarie.

El espacio geográfico también padece los embates de la guerra. En su recorrido, la narradora muestra cómo el país se despliega en caminos, carreteras, ríos que no conducen a nada distinto del mismo paisaje de sangre. Es un lugar simbólico cargado de muerte. Quizás por eso en la novela no hay espacio para la descripción de la naturaleza. En capítulos donde el lector podría esperar la aparición de la vegetación, la efusión del clima, los colores de los árboles y las flores, lo que *El atajo* muestra es la misma dificultad para trasladarse de un lugar a otro, la similitud entre los pueblos que están

sumidos en la desgracia, nada más. Como una sonámbula, la protagonista deambula entre uno y otro buscando quién la apoye en su misión, y en todas partes encuentra, como en un juego de espejos sufrientes, la misma realidad desolada y destruida.

La voz que va narrando –una mujer en primera persona– crea un profundo contrapunto entre su cuerpo, su interior, y el espacio que la rodea. Quizás este es el logro más valioso de la novela: la relación entre la guerra y la presencia orgánica de su testigo. A medida que la experiencia se hace más violenta, más cercana a la muerte, el cuerpo se debilita, entra en conflicto consigo mismo por su dificultad para adaptarse a esta nueva situación. Entonces surgen la enfermedad, el hambre, la incapacidad para dormir, la impotencia, los ataques de nervios y, sobre todo, el miedo. En cada pueblo visitado por la protagonista, nuevas facetas del miedo la asaltan, sin avisar, escondidos detrás de rostros y gestos de horror.

Luchando contra este país devastado se encuentra la idea de la educación como un vehículo mejor para la superación de los conflictos. La tarea a la que se dedica la narradora –el viaje insoportable con el simple propósito de impulsar la lectura entre los habitantes de los pueblos– pronto se revela como un esfuerzo vano. El desinterés de la sociedad queda claro desde la visita a los primeros pueblos. La comunidad no está interesada en grupos de lectura, y desconfían de la mujer que intenta convencerlos para organizarse alrededor de los libros y las bibliotecas. Es el reflejo de una sociedad que, como la nuestra, está regida por las dinámicas del dinero y las armas. En ocasiones, al darse cuenta de que no se les va a pagar nada por esta labor cultural, los vecinos renuncian a participar en los grupos de lectura. Solo unas pocas personas –alguna bibliotecaria, un maestro, un par de sacerdotes– pretenderán hacer algo contra esta apatía, aunque sin mayor suerte.

El viaje no solo resulta infructuoso por su enfrentamiento ante una sociedad sumida en la violencia, sino también por su encuentro con unos habitantes que han perdido la capacidad de asombro y el interés por las herramientas que, tal vez, podrían salvarlos.

El atajo se estructura en fragmentos que se corresponden, linealmente, con el desarrollo del viaje de la narradora. Sin embargo, permanentemente, este relato se ve interrumpido por las reflexiones poéticas que hace el personaje acerca de su propia existencia. Así, mientras por un lado se lee el descenso a los infiernos del que hablamos anteriormente, por el otro se presenta lo que puede considerarse como el amuleto protector ante esa realidad devoradora: los recuerdos, la evocación del amor, las imágenes de la madre de la narradora o sus intentos de explicarse, así sea con la precariedad de la palabra, esa desmesura que la rodea. No hay que olvidar acá que la autora, Mery Yolanda Sánchez, es, ante todo, poeta, y el grueso de su obra está dedicado a este género literario. Por eso se entiende su esfuerzo constante para tratar de llegar a los pliegues más escondidos de la realidad, a las explicaciones de los sucesos más oscuros, a iluminar las zonas ocultas de la experiencia humana. A medida que su personaje avanza en su viaje, la autora intenta recurrir a la voz poética, a una conciencia lírica que le permita llegar más allá en su intento por nombrar una realidad que está fuera de toda palabra. Estos fragmentos, sin embargo, entorpecen la narración, rompen el ritmo de una prosa que, de por sí, ya tiene la carga poética suficiente para incomodar, de la mejor manera, al lector. En ocasiones pareciera que el eje central de la novela, la narración del viaje, fuera tan solo el pretexto para incluir estos derroches poéticos que a veces hacen que la obra pierda algo de la mucha gracia que tiene.

Mery Yolanda Sánchez logra transmitir la desazón de un país que se ha abandonado a sí mismo. Un país que ha caído en un vértigo de violencia que no permite ser narrado, porque es una guerra que ha llegado a extremos de crueldad que son innumbrables. Y lo hace a través de una voz profunda, aterrorizada, perpleja ante las experiencias, que sabe reconocer y mostrar el orden trastocado y deformado, las instituciones corrompidas, los pueblos desdichados. Una voz que nos lleva –aunque no nos guía, porque ella tampoco sabe hacia dónde se dirige– de su mano en ese tránsito por un mundo de barbarie, de desconfianza, de locura.

RESEÑAS		NARRATIVA
<p><i>El atajo</i> es una de esas novelas intensas, que sirven para entendernos mejor, para abrir preguntas que nos permitan buscar un poco más a fondo los orígenes de este país en conflicto, de nuestras desavenencias. Y lo hace con una prosa incisiva, puntual, transparente. A veces pareciera que la autora hubiera preferido escribir un libro de poemas, pues se abandona a la poesía sin avisar, interrumpiendo el descenso a los infiernos. Y podría ser que esa es su manera de protegerse, su mecanismo de defensa. La evocación del amor y el pasado. Sin embargo, fatalmente, el viaje continúa, sin fin, al igual que la guerra.</p> <p style="text-align: right;">Felipe Martínez</p>		